



RELATO DE SU VIDA

Hijo de un matrimonio de pobres trabajadores de Torrehermosa (Zaragoza) llamados Martín e Isabel, muy piadosos que, por nacer el niño el día de Pascua (17 de mayo de 1540), le llamaron Pascual. Desde los siete hasta los diecisiete años fue pastor. Acentuaba la austeridad que le imponía la vida de pastor con nuevas mortificaciones. Pobre de verdad y amante de la pobreza en caridad renunció a ser adoptado y heredero del rico hacendado Martín García, su amo. Ya tenía clara su vocación hacia el estado de vida religiosa.

Para secundarla se trasladó al reino de Valencia, al convento de Nuestra Señora de Loreto, de franciscanos reformados alcantarinos, situado junto a la villa de Montforte. Antes de ser admitido tuvo aún que pasar otros cuatro años pastoreando en aquella localidad. Entre las gentes adquirió ya fama de santo. En 1564 ingresó en dicho convento en calidad de hermano cooperador, pues humildemente renunció a la posibilidad de acceder al sacerdocio. Sus oficios fueron portero, hortelano, cocinero, refitolero y limosnero. En él estuvo hasta el año 1573, en el que la obediencia religiosa le fue destinando a diversos conventos: Villena, Elche, Jumilla, Ayora, Valencia y Játiva, hasta que en 1589 fue destinado a Villarreal, donde se convirtió en el gran apóstol y bienhechor de la villa, hasta su muerte.

En 1576 tuvo que emprender un viaje hasta París para llevar una carta de su provincial para el maestro general de la Orden. A pesar de las dificultades y molestias del largo viaje, en condiciones de pobre de verdad, tenía que atravesar territorios dominados por herejes, en medio de los cuales pudo demostrar su fe en el misterio de la eucaristía, que siempre había sido su devoción predilecta, llegando a poner en peligro su propia vida, pues en una ocasión fue apedreado, lamentando no haber llegado a ser mártir de la eucaristía.

Fray Pascual no era persona brillante, ni hombre de letras. Poseía sin embargo una ciencia superior, la del místico y santo. Por eso su consejo era buscado no sólo por las gentes sencillas y humildes, sino por magnates y hombres de estudio. El santo varón sabía hablar de Dios con experiencia. Incluso escribió varios pequeños tratados ascéticos. Los años de soledad de pastor le prepararon para la cima de la contemplación.

Su muerte, el 17 de mayo de 1592 en Villarreal de los Infantes, coincidió con el momento de la elevación de la sagrada forma en la misa mayor. Su devoción al santísimo sacramento le valió el título de «serafín de la eucaristía». Canonizado por Alejandro VIII en 1690, su fiesta se celebra el 17 de mayo. León XIII lo proclamó patrono de los congresos eucarísticos en 1897. Es representado como un fraile franciscano entregado a la contemplación o como un pastor que guía las ovejas y adora la eucaristía, que se asoma entre las nubes del cielo. *(Autor, L. Galmés)*

HIMNO

Fraile menor, hermano el más pequeño,
Pascual humilde, con el alma pía
y enamorada, vive de un misterio:
la Eucaristía.
Ya desde niño, con el Sol por dentro,
pastor de ovejas, mientras las pacía,
ángeles santos tráenle y adora
la Eucaristía.
Lámpara viva, fuego llameante,
arde, se eleva, ama, ruega, expía,
horas y horas ante el que es su centro:
la Eucaristía.
Da testimonio de su fe, valiente;
toda la sangre por su fe daría,
víctima en muerte por quienes le ultrajan:
Eucaristía.
¡Gracias al Padre y a su Santo Espíritu,
gracias al Hijo suyo y de María,
Cristo bendito, hecho «gracias» nuestro:
Eucaristía

CELEBRANDO SU SANTIDAD

Pascual fue, ante todo, un hombre humilde; un hombre que supo intuir que es bueno, justo y necesario confiar en Dios, buscar su gloria y descubrir la grandeza de sus obras y la profundidad de sus designios (cf. Sal 92,6). Sólo desde la humildad se descubre la presencia de Dios en la existencia propia y también en el hermano que está a nuestro lado. La humildad sólo se logra por actos de amor y de amistad con Dios, y por la disposición de buscar sólo la gloria de Dios. Nadie glorifica a Dios más que aquel que le ama. Un amante de Dios y, por tanto, humilde servidor suyo, como Pascual, no se deja llevar nunca por la desesperanza; en todo y en todos descubre la cercanía del rostro de Dios. Pascual fue un hombre lleno de “buenos sentimientos” hacia los demás porque sabía amar y adorar a Dios. Con este estilo de vida hizo Dios maravillas en Pascual: no sólo lo justificó sino que lo glorificó. Estas cosas de Dios sólo las entiende la gente sencilla. “Te doy gracias, Padre Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11, 25-27).

Sin humildad no podremos entender, comprender o acoger la cercanía de Dios y su misericordia. Esta virtud es indispensable para abrir el corazón a Dios, para acoger su amor misericordioso. Porque la humildad no es apocamiento sino vivir en la verdad de uno mismo; y esta verdad sólo se descubre en Dios. Como dice Santa Teresa: “La humildad es vivir en la verdad; y la verdad es que [sin Dios] no somos nada”. *(Mons. Casimiro López, Obispo de la diócesis de Segorbe-Castellón, que se honra con el patronazgo de San Pascual)*